

El Retorno

NO. 1189

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO,
23 DE AGOSTO, 1874,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Y levantándose, vino a su padre.”
Lucas 15:20.***

Esta frase expresa el verdadero punto de inflexión en la historia de la vida del hijo pródigo. Muchos otros asuntos lo condujeron a ese punto, y antes de llegar a él, había mucho en el hijo pródigo que era muy esperanzador; pero este fue el propio momento decisivo y si nunca hubiera llegado a ese punto, habría permanecido siendo un pródigo, y nunca habría sido el hijo pródigo restaurado, y su vida habría sido una advertencia más bien que una instrucción para nosotros. “Y levantándose, vino a su padre.”

Hablando, como lo hago, en medio de una extrema debilidad, debo economizar mis palabras; y en tanto que mi voz se sostenga, voy a referirme directamente al punto, y le pido al Señor que haga que cada sílaba pronunciada sea poderosa por Su Espíritu y tenga una aplicación práctica.

I. Comenzaremos advirtiéndole que AQUÍ HUBO ACCIÓN: “Y levantándose, vino a su padre.” Habiendo experimentado un estado de reflexión, y habiendo vuelto en sí, ahora debía proseguir y venir a su padre. Ya había considerado el pasado, y lo había sopesado, y había visto el vacío de todos los placeres del mundo; había visto su condición en relación a su padre, y cuáles eran sus expectativas si se quedaba en esa provincia apartada; había reflexionado en lo que debía hacer, y cuál sería el probable resultado de semejante curso de acción; pero ahora que ya había sobrepasado los límites de la vaguedad del pensamiento, llegaba hasta la actividad y la implementación del curso de acción.

¿Cuánto tiempo pasará, queridos lectores, antes de que ustedes hagan lo mismo? Nos agrada que reflexionen; esperamos que un gran punto sea ganado si son conducidos a considerar sus caminos, a ponderar su condición, y a mirar sinceramente hacia el futuro, pues la irreflexión es la ruina de muchos viajeros que van rumbo a la eternidad, y por su medio los incautos caen en el profundo abismo de la seguridad carnal y perecen en su interior.

Pero algunos de ustedes se han contado entre “los reflexivos” durante el suficiente tiempo; ya es momento que pasaran a una etapa

más práctica. Es la hora suprema de que actúen. Habría sido mucho mejor si ya hubiesen actuado, pues, en el tema de la reconciliación con Dios, los primeros pensamientos son los mejores. Cuando la vida de un hombre pende de un hilo, y el infierno está justo frente a él, su camino es claro, y una segunda consideración es superflua. El primer impulso de escapar del peligro y asir a Cristo es el que, si fueras sabio, deberías seguir.

Algunos a quienes me dirijo ahora han estado pensando, y pensando, y pensando, y me temo que van a quedarse pensando hasta su perdición. Que sean conducidos, por la gracia divina, a creer y no sólo a pensar, pues si no fuera así, sus pensamientos se convertirán en el gusano imperecedero de su tormento.

El hijo pródigo había rebasado también la etapa de la simple lamentación. Estaba profundamente compungido por haber abandonado la casa de su padre, lamentaba su profuso derroche en el desenfreno y en las orgías, y deploraba que el hijo de tal padre como el suyo se viera degradado hasta llegar a ser un porquero en una tierra extraña. Pero ahora pasó de la lamentación al arrepentimiento, y se movió a escapar de la condición que deploraba. ¿De qué servirían las lamentaciones si continuáramos en el pecado?

Por todos los medios que puedan, levanten las compuertas de su dolor si las aguas hicieran dar vueltas a la rueda de la acción, pero muy bien podrían reservarse sus lágrimas si no significaran otra cosa que un inútil sentimentalismo. ¿De qué le sirve a un hombre decir que se arrepiente de su mala conducta si todavía persevera en ella? Nos alegramos cuando los pecadores lamentan su pecado y se afligen por la condición a la que los ha conducido el pecado, pero si no siguen adelante, sus lamentaciones únicamente los prepararán para el remordimiento eterno.

Si el hijo pródigo se hubiese quedado inactivo por causa de la desesperación, o estólido por el sombrío dolor, habría perecido lejos de la casa paterna, como es de temerse que perecerán muchos cuya tristeza por el pecado los conduce a una arrogante incredulidad y a una voluntaria desesperación en relación al amor de Dios. Pero él fue sabio, pues sacudió la modorra de su desaliento, y con una resuelta determinación, “levantándose, vino a su padre.”

Oh, ustedes que están tristes, ¿cuándo serán lo suficientemente sabios para hacer lo mismo? ¿Cuándo darán lugar sus pensamientos y sus aflicciones a una obediencia práctica del Evangelio?

El hijo pródigo también avanzó más allá de la simple resolución. El versículo que dice: “me levantaré,” es dulce, pero es mucho mejor el versículo que dice: “Y levantándose.” Las resoluciones son buenas, como los capullos, pero las acciones son mejores, pues son como los frutos. Nos alegramos cuando oímos la resolución de ustedes: “me vol-

veré a Dios,” pero los santos ángeles en el cielo no se regocian por causa de las resoluciones, ya que ellos reservan su música para los pecadores que efectivamente se arrepienten. Muchos de ustedes, como el hijo de la parábola, han dicho: “Sí, señor, voy,” pero no han ido. Ustedes son tan propensos a olvidar como son propensos a resolver.

Cada sermón sincero, cada muerte en su familia, cada tañido fúnebre por algún vecino, cada remordimiento de conciencia, cada visita de la enfermedad, te da una resolución de enmienda, pero tus pagarés quedan pendientes de pago y tu arrepentimiento se queda en palabras. Tu bondad es como el rocío, que al amanecer adorna con joyas cada hoja de hierba, pero luego, cuando el ardiente calor del sol se derrama sobre la pradera, deja los campos todos abrasados y secos.

Tú te burlas de tus amigos y no le das importancia a tu propia alma. A menudo has dicho en esta casa: “tan pronto como regrese a mi aposento caeré de rodillas,” pero en el camino a casa te has olvidado de qué tipo de hombre eras, y el pecado ha confirmado su vacilante trono. ¿No has perdido ya suficiente tiempo? ¿Acaso no le has mentado lo suficiente a Dios? ¿No deberías ahora abandonar las resoluciones y proceder a tratar el solemne asunto de tu alma como un hombre de sentido común?

Tú te encuentras en un barco que se está hundiendo, y el bote salvavidas está cerca, pero tu mera resolución de abordarlo no impedirá que te hundas juntamente con el barco que naufraga; con la misma certeza que ahora eres un ser viviente, te ahogará a menos que saltes para salvar tu vida.

“Y levantándose, vino a su padre.” Ahora, observen que *esta acción del hijo pródigo fue inmediata*, sin ningún regateo adicional. No regresó con el ciudadano de aquella provincia apartada para decirle: “¿podrías subir mi salario? Si no puedes, yo tendría que partir.” Si hubiera negociado, habría estado perdido; pero no le dio ningún aviso a su viejo patrón, y canceló su contrato laboral escapándose.

Yo quisiera que los pecadores aquí presentes rompieran su alianza con la muerte, y violaran su pacto con el infierno, escapando hacia Jesús para salvar sus vidas, pues Él recibe a todos los fugitivos que así lo hacen. No necesitamos ni permiso ni licencia para renunciar al servicio del pecado y de Satanás, ni tampoco es un tema que requiera una consideración de un mes: en esta materia, la acción instantánea es la más certera sabiduría.

Lot no se detuvo para consultarle al rey de Sodoma si podía abandonar sus dominios, ni tampoco consultó con los oficiales de la comunidad en cuanto a la conveniencia de abandonar rápidamente su hogar. Con su mano asida de la mano de los ángeles, él y los suyos huyeron de la ciudad. ¡No, una mujer no huyó; miró atrás y se quedó rezagada y ese rezago le costó la vida! Esa estatua de sal es una elo-

cuenta amonestación para nosotros para que evitemos demoras cuando se nos pide que huyamos para salvar nuestras vidas.

Pecador, ¿deseas tú ser una estatua de sal? ¿Claudicarás entre dos pensamientos, hasta que la ira de Dios te condene a la impenitencia definitiva? ¿Despreciarás a la misericordia hasta que la justicia te hiera? Levántate, hombre, y mientras continúe tu día de gracia, escapa a los brazos del amor.

El texto implica que *el hijo pródigo se levantó* empleando todas sus energías. Dice: “*Y levantándose.*” La palabra sugiere que hasta ese punto había estado dormitando sobre el lecho de la pereza o en el sillón de la presunción. Al igual que Sansón sobre las rodillas de Dalila, había estado echado boca arriba, inactivo, enervado; pero ahora, despertado de su letargo, alza sus ojos, se ciñe sus lomos, se despoja del maleficio que lo había sometido, emplea todos sus poderes, despierta a su naturaleza entera, y no escatima esfuerzo hasta regresar a su padre.

Los hombres no son salvados entre el sueño y la vigilia. “El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.” La gracia no nos atolondra, sino que nos despierta. En verdad, señores, vale la pena hacer un esfuerzo tremendo para escapar de la ira eterna. Vale la pena convocar cada facultad y poder y emoción y pasión de su ser, y que se digan: “no puedo estar perdido; no estaré perdido: estoy resuelto a encontrar misericordia por medio de Jesucristo.”

Oh pecadores, lo peor del caso es que ustedes son muy indolentes, muy indiferentes, muy dispuestos a dejar que las cosas sucedan como sea. El pecado los ha embrujado y los ha entorpecido. Por decirlo así, duermen sobre lechos de plumón y se olvidan que están en peligro de caer en el fuego del infierno. Tú reclamas: “un poco más de descanso, un poco más de sueño, un poco más de cruzar los brazos para dormir,” y entonces continuas durmiendo, aunque tu condenación no descansa.

Quiera Dios que despertaras. Mi voz no tiene poder para despertarte; pero pido que el propio Señor te alarme, pues nunca estuvieron los hombres en mayor peligro. Sólo basta que tu aliento falle, que tu sangre se detenga, y estarás perdido para siempre. Esa vida sobre la que pende tu eterno destino es más frágil que una telaraña. Si fueses sabio no darías sueño a tus ojos, ni descanso a tus párpados, hasta no haber encontrado a tu Dios y ser perdonado. ¿Oh, cuándo te entregarás a una acción real? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que creas en Jesús?

II. En segundo lugar, AQUÍ NOS ENCONTRAMOS CON UN ALMA QUE ENTRA EN UN CONTACTO REAL CON DIOS: “*Levantándose, vino a su padre.*” De nada le habría servido que se hubiera levantado pero no hubiera venido a su padre. Esto es lo que el pecador debe hacer, y

lo que el Espíritu le permite hacer: es decir, venir directamente a su Dios. Pero, ¡ay!, muy comúnmente, cuando los hombres comienzan a estar ansiosos, dan vueltas por todos lados y se apresuran a ver a un amigo para hablarle al respecto, o inclusive recurren a un sacerdote embustero y le piden ayuda. Acuden presurosos a un santo o a una virgen, y les piden que sean sus mediadores, en vez de aceptar al único Mediador Jesucristo, e ir de inmediato a Dios por medio de Él. Se apresuran a formas externas y ceremonias, o acuden a sus Biblias, a sus oraciones, a sus arrepentimientos, a oír sermones; de hecho, recurren a cualquier cosa en vez de ir a su Dios.

Pero el hijo pródigo conocía una mejor opción: él vino a su padre; y será un día grandioso para ti, oh pecador, cuando hagas lo mismo. Acude directamente a tu Dios en Cristo Jesús. “Ven aquí,” dice el sacerdote. Pasa por alto a ese individuo. Acércate a tu Padre. Rechaza a un ángel del cielo si te apartara del Señor. Acude personalmente, directamente e inmediatamente a Dios en Cristo Jesús. ‘Pero, ¿no he de cumplir primero con alguna ceremonia?’ El hijo pródigo no lo hizo así, sino que se levantó y vino de inmediato a su padre.

Pecador, debes venir a Dios, y Jesús es el camino. Acude a Él entonces, dile que has actuado mal, confiésale tus pecados, y entrégate a Él. Clama: “Padre, he pecado: perdóname, por Tu Hijo Jesucristo.”

¡Ay!, hay muchas almas ansiosas que no van con otros, sino que sólo se miran a sí mismas. Se quedan quietas y claman: “quisiera arrepentirme; quisiera sentir mi necesidad; quisiera ser humilde.” ¡Oh hombre, levántate! ¿Qué es lo que te ocupa? Márchate y acude a tu Padre. “Oh, pero tengo tan poca esperanza; mi fe es muy débil y estoy lleno de temores.” ¿Qué importan tus esperanzas y tus temores mientras estés lejos de tu Padre? Tu salvación no está en ti mismo, sino en la buena voluntad del Señor para contigo. Nunca tendrás paz hasta que, despojándote de todas tus dudas y tus esperanzas, vengas a tu Dios y descanses en Su pecho.

“Oh, pero yo quiero vencer mis propensiones al pecado; quiero domar mis fuertes tentaciones.” Yo sé qué es lo que quieres. Tú quieres el mejor vestido sin necesidad de que tu Padre te lo dé, y calzado en tus pies que te hubieras conseguido tú mismo; tú no quieres ir con ropas de mendigo y recibirlo todo de la amorosa mano del Señor; pero has de renunciar a este orgullo tuyo, y has de venir a Dios, o perecerás para siempre. Has de olvidarte de ti mismo, o sólo debes acordarte de ti para sentir que eres malo por completo, y que eres indigno de ser llamado hijo de Dios. Renuncia a ti como al barco que se hunde y que ya no vale la pena hacer flotar, sino que hay que dejar que se hunda, y has de subirte al bote salvavidas de la gracia inmerecida. Piensa en Dios tu Padre; en Él, te digo, y en Su amado Hijo, el único Mediador y

Redentor de los hijos de los hombres. Allí está tu esperanza; aléjate de tu yo y acércate a tu Padre.

¿Te oigo decir acaso: “bien, continuaré participando de los medios de la gracia, y allí espero poder encontrar a mi Dios”? Te digo que si hicieras eso y rehusaras venir a Dios, los medios de la gracia serán los medios de tu condenación. “Debo esperar junto al estanque,” dice uno. Entonces yo te advierto solemnemente que recostado allí morirás; pues Jesús no te ordena que estés acostado allí, sino que Su instrucción es: “Toma tu lecho, y anda.” “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.” Tienes que venir a tu Padre, y no al estanque de Betesda, ni a ningún otro estanque de ordenanzas o medios de gracia.

“Pero yo tengo la intención de orar,” dice uno. ¿Qué pedirías? ¿Acaso puedes esperar que el Señor te oiga mientras tú no quieres oírle? Orarás mejor cuando apoyes tu cabeza en el pecho de tu Padre, pero las oraciones de un corazón terco, desobediente e incrédulo son bur-las. Las propias oraciones te arruinarán si son convertidas en el susti-tuto de venir de inmediato a Dios.

Supongan que el hijo pródigo se hubiera sentado junto al comedero de los cerdos y hubiera dicho: “voy a orar aquí.” ¿De qué le hubiera servido? O supongan que hubiera llorado allí, ¿qué bien le hubiera acarreado? La oración y el llanto eran muy buenos una vez que hubie-ra venido a su Padre, pero no habrían podido sustituir su regreso.

Pecador, tu negocio es con Dios. Apresúrate a venir a Él de inmedia-to. No tienes nada que hacer contigo mismo, ni con tus actos, ni con lo que otros puedan hacer por ti, pues el punto de inflexión de la salva-ción es: “levantándose, vino a su padre.” Tiene que haber un contacto real, vivo y sincero de tu pobre alma culpable con Dios, un reconoci-miento que hay un Dios y que se puede hablar con Dios, y tiene que haber una oración de tu alma a Él, a través de Jesucristo, pues Dios es accedido únicamente por medio de Jesucristo.

Viniendo de esta manera a Dios, le decimos que estamos completa-mente mal, y que necesitamos ser enderezados; le decimos que deseamos ser reconciliados con Él, y que estamos avergonzados por haber pecado en contra Suya; luego ponemos nuestra confianza en Su Hijo, y somos salvados.

Oh alma, ven a Dios: no importa que la oración con la que acudas sea una oración entrecortada, o incluso que contenga errores, como los que contenía la oración del hijo pródigo cuando dijo: “Hazme como a uno de tus jornaleros”; el lenguaje de la oración no será relevante en tanto que te acerques a Dios. Jesús dice: “Al que a mí viene, no le echo fuera”; y Jesús vive siempre para interceder por aquellos que se acercan a Dios por Él. Aquí tenemos, entonces, la gran doctrina protestan-te.

La doctrina de Roma dice que tienes que dar la vuelta por la puerta trasera, y que media docena de siervos del Señor tienen que tocar por ti, e incluso entonces podrías no ser oído; pero la grandiosa y antigua doctrina protestante es: ven a Dios por ti mismo; ven sin ningún otro mediador excepto Jesucristo; ven tal como eres, sin méritos ni buenas obras; confía en Jesús y tus pecados te serán perdonados.

Aquí está mi segundo punto: hubo acción, y esa acción consistió en un contacto con Dios.

III. Ahora, en tercer lugar, EN ESA ACCIÓN HUBO UNA TOTAL ENTREGA DE SÍ. En el caso del hijo pródigo, su altiva independencia y su obstinación habían desaparecido. En otros días exigió su porción, y resolvió gastar como él quisiera, pero ahora estaba dispuesto a ser gobernado al nivel de un jornalero; ya experimentó lo suficiente siendo su propio señor, y está cansado de la distancia que lo separa de Dios, establecida siempre por la obstinación. Anhela asumir el verdadero lugar de un hijo, es decir, el de la dependencia y de la amorosa sumisión. El peor mal de todos fue haberse distanciado de su padre, y ahora se da cuenta que es así. Su gran preocupación es eliminar esa distancia por medio de un humilde regreso, pues siente que entonces todos los otros males llegarán a un fin. Entrega su apreciada libertad, su ostentosa independencia, su libertad para pensar y hacer y decir cualquier cosa que quisiera, y anhela someterse al amoroso gobierno y a la sabia guía. Pecador, ¿estás listo para esto? Si es así, ven y sé bienvenido; ¡tu padre anhela apretujarte contra su pecho!

Él renunció a toda idea de justificación propia, pues dijo: “He *pecado*.” Antes habría dicho: “tengo el derecho de hacer con lo mío lo que me plazca; ¿quién dictará cómo he de gastar mi propio dinero? Si yo siembro alguna avena silvestre, no importa, pues todo joven hace también lo mismo. Por lo menos, he sido muy generoso; nadie podría llamarme codicioso. No soy ningún hipócrita. ¡Mira tus hipócritas metodistas, cómo engañan a la gente! No hay nada de eso en mí, te lo garantizo; yo soy un hombre que habla claro en el mundo; y, después de todo, soy de una disposición mucho mejor que la de mi hermano mayor, aunque él pretenda ser un tipo bueno.” Pero ahora el hijo pródigo ya no se jacta más. De sus labios no brota ni una sílaba de autoalabanza; confiesa tristemente: “He pecado contra el cielo y contra ti.”

Pecador, si quieres ser salvo, tú también has de descender de tus lugares altos y reconocer tu iniquidad. Confiesa que has actuado mal, y no trates de atenuar tu ofensa; no ofrezcas apologías ni presentes tu caso haciéndolo mejor de lo que es, y, más bien, humildemente, confiéscate culpable y deja tu alma en las manos de Jesús.

De estas dos cosas: pecar o negar el pecado, probablemente negar el pecado sea la peor de las dos, pues muestra un corazón más negro. Hombre, reconoce tu falta y dile a tu Padre celestial que si no fuese

por Su misericordia, tú habrías estado en el infierno, y que como están las cosas, mereces abundantemente estar allí ahora. Ennegrece tu caso si puedes; esto te lo digo porque yo sé que no puedes ennegrecerlo en exceso. Cuando un hombre está en el hospital, no le ayuda en nada pretender que está mejor de lo que está; sobre esa base no recibiría mayor atención médica, sino más bien sería lo contrario, pues entre peor sea su caso, es más probable que el médico le dé una mayor atención.

Oh, pecador, pon delante de Dios tus llagas, tus putrefactas llagas del pecado, las horribidas úlceras de tu profunda depravación, y clama: “¡oh, Señor, ten misericordia de mí!” Este es el camino de la sabiduría. Acaba con el orgullo y con la justicia propia, y apela a la piedad inmerecida del Señor, y prosperarás.

Observen que el hijo pródigo se entregó tan plenamente que reconoció que el amor de su padre hacia él, hacía más grave su culpa: entiendo que quiso decir eso cuando dijo: “Padre, he pecado.” Agrega un énfasis a *“he pecado”* cuando esta confesión sigue a la palabra *“Padre.”* “Buen Dios, he quebrantado tus buenas leyes; Dios amante, tierno y misericordioso, he hecho el mal descarada y perversamente en contra tuya. Tú has sido un Padre muy amante para mí, y yo he sido un traidor desvergonzado y poco generoso hacia Ti, rebelándome sin causa. Confieso esto franca y humildemente, y con muchas lágrimas. ¡Ah!, si Tú hubieses sido un tirano yo habría extraído alguna apología de Tu severidad, pero Tú has sido un Padre, y esto agrava el hecho de que haya pecado contra Ti.” Es dulce oír una confesión de esa naturaleza, presentada en el regazo del Padre.

El penitente también renunció a sus supuestos derechos y reivindicaciones en relación a su padre, diciendo: “Ya no soy digno de ser llamado tu hijo.” Habría podido decir: “he pecado, pero todavía soy tu hijo,” y la mayoría de nosotros lo habría considerado un argumento muy justificable; pero él no dice eso; es demasiado humilde para eso, y reconoce: “Ya no soy digno de ser llamado tu hijo.”

Un pecador está realmente quebrantado cuando reconoce que si Dios no tuviera misericordia de él, y más bien lo echara fuera para siempre, sería muy justo—

***“Si la súbita venganza se apoderara de mi aliento,
He de pronunciarlo justo en la muerte;
Y si mi alma fuese enviada al infierno,
Tu justa ley lo aprueba como bueno.”***

El alma que ha cesado de argüir y se somete a la sentencia no está lejos de la paz. Oh pecador, si quieres encontrar pronto alivio, te exhorto a que vayas y te arrojes al pie de la cruz donde Dios recibe a las personas que son como tú eres, y digas: “Señor, heme aquí; haz lo que quieras conmigo. No ofreceré ninguna palabra de excusa, ni ningún argumento atenuante. Soy una masa de culpabilidad y miseria, ¡pero

ten piedad de mí, oh, ten piedad de mí! No cuento con derechos ni reivindicaciones; he perdido mis derechos de criatura al volverme un rebelde en contra Tuya. Estoy perdido y completamente arruinado delante del tribunal de Tu justicia. De esa justicia huyo y me oculto en las heridas de Tu hijo. “¡Conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones!”

Además, aquí hubo tal entrega de sí a su Padre, que no se mencionan ni siquiera implícitamente algunos términos o condiciones. Él suplica ser recibido, aunque el lugar de un siervo sería lo suficientemente bueno para él; en medio de los ayudantes de cocina estaría contento de tomar su lugar, siempre que fuera perdonado. No solicita una pequeña libertad para pecar, ni estipula un poco de justicia propia con la que pueda jactarse; renuncia a todo. Está dispuesto a ser cualquier cosa o nada, simplemente lo que le agrada a su padre, en tanto que pueda contarse entre los de la casa. Ahora no tiene en sus manos ningún arma de rebelión. En su alma no permanece ninguna secreta oposición al gobierno de su padre, pues está completamente sometido, y yace a los pies de su padre.

Nuestro Señor no ha aplastado todavía a ninguna alma que yazca postrada a Sus pies, y nunca lo hará. Se inclinará y le dirá: “levántate, hijo mío; levántate, pues Yo te he perdonado. Vete, y no peques más. Con amor eterno te he amado.” ‘Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare.’

IV. Además, noten, en cuarto lugar, que EN ESTE ACTO SE ALBERGABA UNA MEDIDA DE FE EN SU PADRE: una medida, digo, significando con ello no mucha fe, sino algo de fe. Una medida de poca fe salva el alma. Tenía fe en el poder de su padre. Se dijo: “en la casa de mi padre hay abundancia de pan y todavía sobra.” Pecador, ¿no crees tú que Dios puede salvarte; que a través de Jesucristo, Él puede satisfacer las necesidades de tu alma? ¿No podrías llegar tan lejos como para decir: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”?

El hijo pródigo tenía también un poco de fe en la disposición del padre para perdonar; pues si no hubiera esperado eso, nunca habría regresado a su padre en absoluto: si hubiese estado seguro que su padre no le sonreiría, no habría regresado a casa nunca.

Pecador, debes creer que Dios es misericordioso, pues lo es. Cree, por medio de Jesucristo, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; pues tan ciertamente como que Dios vive, esto es verdad, y no creas en ninguna mentira en lo concerniente a tu Dios. El Señor no es duro ni áspero, sino más bien se regocija en perdonar grandes transgresiones.

El hijo pródigo también creía en la disposición de su padre para bendecirle. Estaba seguro que su padre llegaría hasta el límite que la

corrección le permitiera, pues pensó decirle: “Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.” En esto admitía también que su padre era tan bueno, que incluso ser su siervo resultaría ser algo muy bueno. Se contentaba con obtener el lugar más humilde, en tanto que pudiera cobijarse bajo la sombra de un protector tan bueno.

Ah, pobre pecador, ¿no crees tú que Dios tendrá misericordia de ti, si pudiera hacerlo de manera que fuera consistente con Su justicia? Si tú creyeras eso, tengo buenas noticias que transmitirte. Jesucristo, Su Hijo, ha ofrecido tal expiación, que Dios puede ser justo, y el que justifica al que es de la fe; Él tiene misericordia del más vil, y justifica al impío, y acepta al peor pecador por medio de Su amado Hijo.

Oh, alma, ten fe en la expiación. La expiación hecha mediante el sacrificio personal del Hijo de Dios ha de ser infinitamente preciosa; debes creer que hay la suficiente eficacia en ella para ti. Tu seguridad consiste en acudir presuroso a esa expiación y asirte a la Cruz de Cristo, y honrarás a Dios si lo haces; es la única forma en que tú puedes honrarlo. Tú puedes honrarlo si crees que puede salvarte, incluso a ti. La fe más verdadera es aquella que cree en la misericordia de Dios pese a la indignidad consciente.

El penitente de la parábola vino a su padre siendo demasiado indigno de ser llamado su hijo, y, sin embargo, le dijo: “Padre mío.” La fe tiene una manera de ver la negrura del pecado, y, sin embargo, de creer que Dios puede volver el alma tan blanca como la nieve. La fe no dice: “yo soy un pequeño pecador, y por eso Dios puede perdonarme”; más bien la fe clama: “yo soy un gran pecador, un pecador maldito y condenado, y sin embargo, a pesar de todo eso, la infinita misericordia de Dios puede perdonarme, y la sangre de Cristo puede limpiarme.” Cree a pesar de tus sentimientos y de tu conciencia; cree en Dios aunque todo dentro de ti parezca decir: “Él no puede salvarte; Él no quiere salvarte.” Cree en Dios, pecador, sobre las cimas de pecados del tamaño de montañas. Haz como John Bunyan dice que hizo, pues estaba tan temeroso de sus pecados y de su castigo subsiguiente, que no pudo hacer otra cosa que correr a los brazos de Dios y agregó: “aunque hubiera sostenido una espada desenvainada en Sus manos, hubiera corrido hacia su propia punta, en vez de haberme mantenido alejado de Él.”

Haz lo mismo tú, pobre pecador. Cree a tu Dios. No creas en ninguna otra cosa, sino cree en tu Dios, y obtendrás una bendición. El poder de la fe sobre Dios es maravilloso, pues ciega Su justicia y obliga a Su gracia.

No sé cómo ilustrar mejor esto que con una pequeña historia. Cuando caminaba por mi jardín hace algún tiempo, descubrí a un perro que se divertía entre las flores. Yo sabía que no era un buen jardi-

nero, y, además, que no era mi perro, por lo que le arrojé un palo para invitarlo a que se fuera. Después de haber hecho eso, él me conquistó, e hizo que me avergonzara por haberle hablado duramente, pues levantó mi palo, y, meneando su cola muy placenteramente, me lo trajo de regreso, y lo soltó a mis pies. ¿Ustedes creen que hubiera podido pegarle o echarle fuera después de eso? No, le di unas palmadas y lo halagué con bonitas palabras. El perro había vencido al hombre.

Y si tú, pobre pecador, siendo como eres un perro, puedes tener la suficiente confianza en Dios para venir a Él tal como eres, no está en su corazón menospreciarte. Hay tal omnipotencia en la fe sencilla que es capaz de conquistar al propio Ser divino. Únicamente confía en Él según se revela en Jesús, y encontrarás la salvación.

V. No tengo ni tiempo ni fortaleza para quedarme más tiempo en esto, y así he de notar, en quinto lugar, que ESTE ACTO DE ENTRAR EN CONTACTO CON DIOS ES EJECUTADO POR EL PECADOR EN EL ESTADO EN QUE SE ENCUENTRA. Yo no tengo idea de cuán desastrosa haya sido la apariencia del hijo pródigo, pero estaré obligado a decir que no se había vuelto más grata después de haber apacentado a los cerdos, ni tampoco supongo que sus vestidos se hayan visto suntuosamente bordados después de recoger las algarrobas de los árboles. Sin embargo, vino tal como se encontraba. Ciertamente pudo haber gastado una hora útilmente lavando su cuerpo y sus vestidos. Pero no, él dijo: “Me levantaré,” ¡y tan pronto como lo pensó, lo hizo!, y en efecto, se levantó, y fue a su padre.

Cada momento que el pecador se detiene lejos de Dios para hacerse mejor no está sino agregando más a su pecado, pues el pecado más radical de todos es estar alejado de Dios, y entre más tiempo permanezca en ese estado, peca todavía más. El intento de hacer obras buenas aparte de Dios es semejante al esfuerzo de un ladrón de ordenar los bienes robados, ya que su único deber es regresarlos de inmediato.

El mismo orgullo que conduce a los hombres a alejarse de Dios puede verse en su noción presuntuosa de que pueden mejorarse a sí mismos cuando todavía rehúsan regresar a Él. La esencia de su falta es que están lejos de Dios, y, por tanto, cualquier cosa que hagan, en tanto que esa distancia permanezca, no la pueden hacer eficazmente. Yo digo que lo radical de todo el asunto es la distancia que los separa de Dios, y, por ello, el comienzo de la rectificación de las cosas radica en levantarse y regresar a Él, de quien se han alejado.

El hijo pródigo estaba obligado a regresar a casa tal como se encontraba, pues no había nada que él pudiera hacer. Se veía reducido a tales extremos de pobreza que no podía comprar una pieza nueva de ropa para remendar sus vestidos, ni una pizca de jabón para lavar su cuerpo; y es una gran misericordia cuando un hombre se ve tan reducido espiritualmente que no puede hacer nada sino acudir a su Dios

como un mendigo, cuando está en tal estado de bancarrota que no puede pagar ni un centavo, cuando está tan perdido que ni siquiera puede arrepentirse ni creer aparte de Dios, y más bien siente que está arruinado para siempre a menos que el Señor intervenga. La sabiduría nuestra consiste en acudir a Dios para todo.

Además, no se necesitaba nada del hijo pródigo excepto que regresara a su padre. Cuando un hijo que ha hecho algo malo regresa, su semblante está más empañado de lágrimas. Cuando un mendigo pide una caridad, entre más vista de harapos, será mejor para él. ¿Acaso no son los harapos y las llagas la propia librea de los mendigos?

Yo di una vez un par de zapatos a un hombre porque dijo que tenía necesidad de ellos; pero después de que se los hubo puesto y caminado un poco lo alcancé en una entrada y lo descubrí quitándoselos para seguir caminando descalzo. Creo que eran zapatos de charol, y ¿qué tenía que hacer un mendigo con ese atavío? Los estaba cambiando por otros “zapatos viejos y recosidos,” que fueran acordes con su negocio.

Un pecador nunca está mejor vestido para suplicar que cuando viene vistiendo harapos. El pecador, al pedir misericordia, cuando está en su peor momento, está paradójicamente en su mejor momento. Y así, pecadores, no hay necesidad de que se entretengan; vengan tal como están. “Pero, ¿no hemos de esperar al Espíritu Santo?” Ah, amados, el que quiera levantarse y venir a su Padre tiene al Espíritu Santo. El Espíritu Santo es quien nos mueve a regresar a Dios, y el espíritu de la carne o el del demonio son los que nos piden que esperemos.

¿Por qué no ahora, pecadores? Algunos de ustedes están sentados en esas bancas; ¿dónde están? Yo no puedo encontrarlos, pero mi Señor sí puede, y Él ha hecho este sermón a propósito para ustedes. “Bien, pero me gustaría llegar a casa y orar.” Ora allí donde estás, en tu banca. “Pero no puedo hablar ahora en voz alta.” Puedes hacerlo, si quieres, pues yo no te detendré. “Pero no me gustaría hacerlo.” Bueno, entonces no lo hagas. Dios puede oírte sin necesidad de algún sonido, aunque a veces me gustaría que oyéramos clamar a algunas personas: “¿qué debo hacer para ser salvo?” Me encantaría oír la plegaria: “Dios, sé propicio a mí, pecador.” Pero si los hombres no pueden oírte, el Señor puede oír los gritos de tu corazón.

Ahora, solamente quédense quietos un minuto, y digan: “Dios mío, he de venir a Ti. Tú estás en Jesucristo, y en Él ya has recorrido una buena parte del camino para encontrarte conmigo. Mi alma te necesita; tómame ahora y haz de mí lo que debo ser. Perdóname y acéptame.” Cuando un hombre ha hecho esto, se encuentra en el momento decisivo de su vida, en el punto de inflexión, cualquiera que este sea, ya sea en el taller, o en el aserradero, en una iglesia, o en un tabernáculo; no importa dónde. Allí está el punto: ir a Dios en Cristo, renun-

ciando a todo, y descansando en la misericordia de Dios por medio de la fe.

VI. El último punto de todos es este: ESE ACTO OBRÓ EL MAYOR CAMBIO POSIBLE EN EL HOMBRE. Él fue un hombre nuevo después de eso. ¡Rameras, borrachos, ustedes perdieron ahora a su viejo compañero! Él ha venido a su Padre, y la compañía de su Padre y la de ustedes no coinciden. El regreso de un hombre a su Dios significa su abandono de los aposentos del vicio y las mesas de la disipación. Siempre que oigan que un cristiano profesante vive en la inmundicia, pueden estar seguros de que no ha estado viviendo cerca de su Dios. Podría haber hablado mucho de ello, pero Dios y la impureza nunca están de acuerdo; si tienen amistad con Dios no tendrán participación en las obras infructuosas de las tinieblas.

Ahora, el penitente ha terminado también con todas las degradantes obras para mantenerse a sí mismo. No lo encontrarán alimentando más a los cerdos, o convirtiéndose en puerco él mismo ya sea por confiar en los sacerdotes o en los sacramentos; ya no se confesará más con un sacerdote, ni pagará ni un centavo más para sacar a su madre del purgatorio; ya no es más un insensato como para volver a hacer eso. Ha acudido a su Dios por cuenta propia, y no necesita que ninguno de estos frailes acuda a Dios en su nombre. Se ha alejado de esa servidumbre. ¡Ya no alimentará más a los cerdos; ya no hay más supersticiones para él! “Vamos”—se dice—“puedo entrar con resolución hasta el propiciatorio, y, entonces, ¿para qué necesito a los sacerdotes de Roma?”

Hay un cambio en él en todos los sentidos. Ahora él ha venido a su padre con su orgullo quebrantado. Ya no se gloria más en lo que llama suyo; toda su gloria está en el amor gratuito y perdonador de su Padre. No se jacta nunca de lo que tiene, pues reconoce que no posee nada excepto lo que su Padre le da; y aunque se encuentra mucho mejor ahora de lo que jamás estuvo en sus días de despilfarro, es tan modesto como un niño. Es un caballero comunero que depende de la generosidad de su Dios, y vive de un día a otro por una concesión real que proviene de la mesa del Rey de reyes. El orgullo ha desaparecido, y ahora el contentamiento llena su habitación. Se habría contentado con ser uno de los jornaleros de la casa, y, ahora, naturalmente está muy satisfecho de ser un hijo. Ama a su Padre con un nuevo amor; ni siquiera menciona Su nombre sin musitar: “y Él me perdonó, me perdonó inmerecidamente, me perdonó todo, y dijo: ‘Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies.’” Desde el día de su restauración, el hijo pródigo está ligado a la casa de su Padre, y cuenta como una de sus mayores bendiciones que esté escrito en el pacto de gracia: “pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí.”

Esta mañana yo creo que Dios en Su misericordia tiene el propósito de llamar a muchos pecadores para que vengan a Él. Yo me sorprendo muy a menudo al descubrir cómo el Señor guía mi palabra de acuerdo a las personas que tengo delante de mí. El domingo pasado vino aquí un joven hijo de un caballero, un extranjero, procedente de una tierra distante, bajo considerables influjos relativos a la verdad de la religión cristiana. Su padre es un seguidor de una de las antiguas religiones del Oriente, y este joven caballero consideraba naturalmente que sería una grave dificultad para él si hiciera enojar a su padre volviéndose cristiano. Juzguen, entonces, con qué fuerza penetró en su corazón el mensaje del domingo pasado, cuando el texto predicado fue: “¿Quién me dará aviso si tu padre te respondiere ásperamente?” Él vino a decirme que le daba gracias a Dios por ese mensaje, y que esperaba soportar la tribulación si se levantara la persecución en su contra.

Me parece que estoy hablándoles a algunos de ustedes con igual sencillez. Sé que lo estoy haciendo. Ustedes se están preguntando: “¿puedo acudir ahora a Dios tal como soy, y entregarme a través de Jesucristo, y, me perdonará?” Amado hermano, o amada hermana, en el lugar donde estés, *inténtalo*. Eso es lo mejor que puedes hacer: *inténtalo*; y, si los ángeles no tocan a vuelo las campanas del cielo, Dios habría alterado Su comportamiento de lo que fue la semana pasada, pues yo sé que recibió a pobres pecadores entonces, y los recibirá ahora. Lo peor que temo acerca de ti es que fueras a decir: “voy a pensarlo.” *No lo pienses. ¡Hazlo!*

En lo concerniente a esto no se requiere que lo pienses más; más bien hazlo. Acude presuroso a Dios. ¿Acaso no es de conformidad a la naturaleza que la criatura esté en paz con su Creador? ¿No va de acuerdo a tu conciencia? ¿Acaso no hay algo dentro de ti que clama: “acude presuroso a Dios en Cristo Jesús?” En el caso de ese pobre hijo pródigo, el hambre le decía: “¡vete a casa!” El pan escaseaba, el alimento era precario, él estaba hambriento, y cada punzada de necesidad le decía: “¡vete a casa! ¡Vete a casa!” Cuando buscó a su viejo amigo el ciudadano, y le pidió ayuda, sus miradas ceñudas le respondieron: “¿por qué no te vas a casa?”

Hay un tiempo para los pecadores cuando sus viejos compañeros parecen decirle: “no queremos estar a tu lado. Estás demasiado abatido y melancólico. ¿Por qué no te vas a casa?” Lo enviaron a alimentar a los cerdos, y le parecía que los propios puercos gruñían: “vete a casa.” Cuando recogía esas algarrobas e intentaba comerlas, esas algarrobas crepitaban: “vete a casa.” Miraba sus harapos, y estos abrían su boca diciéndole: “*vete a casa.*” Su vientre hambriento y su desfallecimiento le gritaban: “*vete a casa.*” Luego pensó en el rostro de su padre, y cuán amablemente lo había mirado, y parecía decirle: “¡regresa a casa!” Recordaba la abundancia de pan, y cada bocado parecía decirle:

“¡regresa a casa!” Se figuró a los siervos sentados a la cena y festejando plenamente, y cada uno de ellos parecía mirarle a lo lejos, sobre el desierto, y decirle: “¡regresa a casa! Tu padre nos alimenta bien. ¡Regresa a casa!” Cada cosa le decía: “¡regresa a casa!” Sólo el diablo le susurraba: “no regreses nunca. ¡Tienes que luchar hasta el fin! ¡Es mejor morir de hambre que rendirse! ¡Es un juego de azar!” Pero se alejó del diablo esta vez, pues volviendo en sí, dijo: “no; me levantaré e iré a mi padre.”

Oh, que ustedes fueran igualmente sabios. Pecador, ¿de qué te sirve ser condenado por causa de un poco de orgullo? ¡Entrégate, hombre! ¡Abate tu orgullo! No encontrarás que sea tan difícil someterte si recuerdas a ese amado Padre que nos amó y se entregó a nosotros en la persona de propio amado Hijo. Descubrirás que es dulce entregarse a un amigo así. Y cuando pongas tu cabeza en Su pecho, y sientas Sus tibios besos en tus mejillas, pronto sentirás que es dulce llorar por el pecado; que es dulce confesar tu mala conducta, y que es más dulce todavía oírle decir: “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados.” “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.”

Que el Dios Todopoderoso nos conceda que este sea el caso con cientos de ustedes esta mañana. Él recibirá toda la gloria por eso, pero mi corazón se alegrará mucho, pues no siento nada del espíritu del hermano mayor dentro de mí, sino el mayor gozo concebible ante el pensamiento de celebrar con ustedes muy pronto, cuando lleguen a reconocer a mi Dios y Señor, cuando nos sentemos juntos en la fiesta sacramental, regocijándonos en Su amor. Que Dios les bendiga, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1189 – Volumen 20

THE TURNING POINT